



19 de diciembre de 1880

## Prepararse para la fiesta de Navidad

Mis queridas hijas:

Antes que nada tengo que haceros algunas recomendaciones, especialmente sobre el silencio. Me temo que se está introduciendo un abuso muy lamentable, que es el siguiente. Una vez que ha sonado la campana que indica el fin del recreo, se procede a la obediencia<sup>1</sup>, y en cuanto ésta termina, se oye tanto ruido como en el recreo. Esto no está bien.

Cuando se tiene algo que pedir, hay que pedirlo en voz baja. Si no tienes nada que pedir, debes retirarte inmediatamente en silencio, como dice expresamente la Regla. En cambio, a menudo veo a hermanas que se quedan de pie en la puerta, mirando a derecha e izquierda, y finalmente se marchan al cabo de cinco o seis minutos, sin haber preguntado nada a nadie. Cuando no se tiene nada que preguntar, repito, hay que retirarse enseguida. Del mismo modo, los jueves, el recreo se prolonga hasta las tres; pero cuando dan las tres, hay que retirarse en silencio, dejar lo que se está diciendo, dejar lo que se está haciendo y marcharse inmediatamente. Varias veces he oído hablar después de que dieran las tres. Ni siquiera tienes que quedarte para pedir lo que necesitas, como se hace después de la obediencia. Hay que reanudar el silencio en cuanto suena la campana. Prestad atención a estos dos puntos, hermanas mías, porque la negligencia en observarlos podría introducir entre nosotras irregularidades que no se dan en las comunidades donde no se practica esta obediencia.

Una vez recomendado esto, vengo a deciros que estamos en un tiempo de fiestas muy hermosas.

Vamos a celebrar la Navidad, y acabamos de celebrar la Inmaculada Concepción. No dudo de que habréis considerado que el Señor espera de vosotras una preparación semejante a la que pidió a la Santísima Virgen para hacerla su Madre. Para ser digna de recibir a Jesús, María fue adornada con una pureza sin mancha, inmaculada desde el primer momento de su concepción. Desde aquel privilegio único, superó a todos los santos en su perfecta fidelidad a la gracia, en su amor a Dios y en la práctica de todas las virtudes. Así era la Santísima Virgen cuando recibió a Nuestro Señor Jesucristo.

Tenemos que mirar hacia dentro y examinar lo que Dios quiere encontrar en nuestras almas, porque en esta fiesta de Navidad, el Señor viene a entregarse a nosotras. Cuando Jesús salió del seno de su Madre, cuando se dejó adorar por los pastores y los Magos, vino a darse a todas sus criaturas. Pide al alma una preparación, una pureza, una santidad particular, para poder darse aún más.

---

<sup>1</sup> Tiempo al final del recreo en el que se podía dirigir a la superiora o a las hermanas para cuestiones personales o de empleo

No necesito deciros que para todas nosotras, como para todo cristiano bautizado, es el bautismo el que nos ha dado la santidad primordial y nos ha hecho dignos y capaces de recibir a Jesucristo. He dicho para todas nosotras y para todo cristiano bautizado.

Los pastores que fueron llamados al pesebre no estaban bautizados, pero estaban circuncidados, seguían la Ley, eran justos purificados por la espera del Mesías prometido. Los Magos ni siquiera pertenecían a la nación privilegiada. Estaban entre los que esperaban al Salvador: eran las primicias de los gentiles. Volviendo a nosotras, el bautismo nos purifica y nos hace capaces de unirnos a Jesucristo.

Es una cuestión de fe, como sabéis, que la Santísima Trinidad desciende al alma del niño o de todo bautizado y hace allí su morada. Ahora bien, hermanas mías, todas estamos bautizadas. Es casi imposible que, con las malas inclinaciones que nos ha dejado el pecado original, no hayamos manchado nuestro vestido bautismal. Algunos lo manchan por faltas graves, y son los más desgraciados; otros se dejaron llevar por faltas veniales, por malas disposiciones, por actos que mancharon la blanca túnica del bautismo y le quitaron su esplendor. De aquí se deduce que debemos hacer lo posible para devolver a nuestra alma su esplendor y su belleza.

El sacramento de la penitencia repara las brechas hechas en nuestro bautismo y, después de las grandes caídas, nos purifica y nos hace dignos de acercarnos a la sagrada Eucaristía; pero hay una disposición que repara las faltas en que caemos por fragilidad, y esta disposición es la contrición habitual de nuestros pecados.

Nunca insistiré bastante en esto, porque es el sentimiento más necesario si queremos agradar a Dios. Esta contrición habitual no es otra cosa que el aborrecimiento de cualquier pecado. Muchas personas aborrecen seis de cada siete pecados. Otras aceptan de buen grado los que están más de acuerdo con su carácter o que son menos humillantes a los ojos de los hombres, como el orgullo, el amor propio, el resentimiento, etc. Para que un alma tenga la belleza del traje nupcial, no basta que se haya confesado, que aborrezca los pecados, que haya recibido la absolución, es necesario que se aplique a concebir un horror profundo del pecado y de todas las ocasiones que llevan al pecado, y que se purifique sin cesar por la contrición habitual.

Cada una de nosotras tiene un pecado dominante. Para una, es el orgullo. Para otra, es la pereza, la gula, el egoísmo, la pereza, la vanidad, la ira, el resentimiento, el rencor, ¿quién sabe? Lo sabéis mejor que yo. Pues bien, lo que os invito a hacer para prepararos santísimamente a la fiesta de Navidad es suscitar en vosotras el horror a estas malas inclinaciones, detestarlas profundamente para conseguir hacer de vuestra alma la purísima morada de la Santísima Trinidad, como lo fue el día de vuestro bautismo.

Debéis ver vuestra alma como el templo de la Santísima Trinidad; cuando entréis en vuestra alma, debéis veros como en presencia de la Santísima Trinidad, que no puede tolerar nada impuro. Por eso debéis quitaros la más mínima mancha. No sólo estáis bajo la mirada purísima, santísima, divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No sólo os han elegido para habitar en vosotras, sino que también quieren que participéis del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, para que tengáis dentro de vosotros al Verbo encarnado que la Virgen Santísima llevó en su vientre casto, y para que seáis otros Jesucristo en la tierra imitando sus virtudes.

Este es un gran tema de meditación. Hay que ir muy dentro de uno mismo para separarse, divorciarse por completo de todo el mal que hay en nuestra naturaleza. Os puedo asegurar que he conocido a muchas personas que no están suficientemente penetradas por este pensamiento, de que hay que cortar con las satisfacciones permitidas, después de haber cortado con las satisfacciones prohibidas. Por ejemplo, en el orden de la amistad, las personas que se han dado ciertos placeres deben ser tanto más austeras en reprimir a este respecto todas las inclinaciones de la naturaleza.

Del mismo modo, los que han cedido al orgullo y a la ira deben, mediante un esfuerzo más continuo, ser humildes y pacientes ante el Dios santísimo y perfecto. Por consiguiente, no debemos decir: «Me inclino a las amistades naturales, necesito esto o aquello», lo cual no es nada perfecto.

El alma puede tener necesidades sobrenaturales: puede sentir necesidad de Dios, necesidad de obediencia, de humillación, de pobreza. Estas necesidades son muy legítimas, y podemos satisfacerlas perfectamente; pero cuando encontréis en vosotras la necesidad de afectos naturales, de consuelos humanos, desconfiad mucho de ellos; porque ¿qué es todo esto? Es el resultado de las malas inclinaciones que hemos satisfecho en el orden del pecado venial.

El alma debe separarse con gran fervor de aquello a lo que está demasiado inclinada, de modo que se haga más austera en las cosas en las que ha caído, más mortificada y más separada en aquellas en que ha seguido la inclinación natural al pecado venial. Dichosas vosotras, hermanas mías, si no sois de las que se han dejado llevar por la inclinación natural hasta el pecado venial. Pero si sois una de ellas, debéis saber luchar contra ello. Es como cuando un árbol se inclina hacia un lado, y lo obligas a inclinarse hacia el otro enderezándolo y atándolo fuertemente. Esto que os digo puede pareceros muy austero, pero es una gran alegría para el alma establecerse completamente erguida bajo la mirada de la santísima y adorable Trinidad.

Se dice de Santa Teresa que la razón por la que exageraba tanto las faltas que había cometido era porque vivía habitualmente en presencia de la Santísima Trinidad. Había penetrado, por el recogimiento, en aquella íntima profundidad del alma donde Dios habita. La visión de la belleza y santidad divinas le hacía encontrar horrible e indigno todo lo que veía en sí misma que se opusiera a esa santidad.

Vosotras no estáis menos hechas que esta santa, hermanas mías, para vivir bajo la mirada divina: cuando recibisteis el bautismo, recibisteis, como santa Teresa, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Vuestra alma es más o menos agradable a la Santísima Trinidad. Puede haber un velo entre vosotras y Dios, porque no estáis suficientemente libres y purificadas de las cosas externas. Pero, en definitiva, vuestra alma es templo de Dios, y precisamente porque sois templo de Dios recibís la Comunión y esperáis poseer a Jesucristo al morir. Cuidad este templo con respeto y ternura, lleno de fe, de atención y de amor, con todos los sentimientos que pueden proporcionar la suprema alegría.

Esforzaos por adquirir una pureza perfecta, no esa pureza que sobresale sobre todas las demás y que resplandece en la Santísima Virgen, sino una pureza tan grande como sea posible con vuestra naturaleza caída. Fortaleced esta pureza con los esfuerzos que hagáis para eliminar toda mancha de vuestra alma, y con el celoso cuidado con que procuráis que ninguna sombra se interponga entre Dios y vosotras. Digo una sombra que impida a Dios complacerse en vosotras. A veces Dios se esconde y no le veis, pero Él os ve: os ve en vuestros esfuerzos, en vuestro deseo de ser perfecta y de estar unida a Él; se complace en vuestra alma y habita en lo más íntimo de ella.

Me parece que estos pensamientos pueden ayudaros a preparar la Navidad. Esta fiesta traerá alegría a vuestra alma, si hacéis un propósito muy generoso y muy fiel para suscitar en vosotras un soberano horror al pecado, de modo que el pecado, ya sea mortal o venial, se convierta en el mal que odiaréis más que todos los demás males de la vida.

Ofreced a Jesucristo esta contrición habitual y perfecta, como un fruto que siempre queréis conservar, que queréis poner en lo más íntimo de vuestro corazón y aspirar como un perfume, según la expresión de san Francisco de Sales.

Veréis este sentimiento en muchos santos. Tenían un horror al pecado que no les abandonaba ni de día ni de noche, y que les hacía hacer los esfuerzos más extraordinarios para mantenerse siempre separados de él.